

Análisis



la **bolsa**  
o la **vida**



En un cuento de Graham Greene empleado en la enseñanza del inglés en el bachiller, Jerome, un chico interno en un centro de estudios, recibe la orden de presentarse ante el director, que tiene que darle la noticia lamentable de la muerte de su padre en unas circunstancias tales que, para narrarlas, tiene que hacer un esfuerzo para mantener la compostura propia del trágico momento.

El director le comunica que su padre ha muerto en Nápoles.

Jerome, que todavía no tiene suficiente uso de razón para representarse la gravedad de la muerte, le pregunta cómo ha ocurrido.

El director le explica que, paseando por la calle en un barrio de Nápoles, tuvo la mala suerte de pasar por debajo de un balcón en el cual había un cerdo. En ese momento el balcón cedió bajo el peso y le cayó encima el cerdo que estaba asomado allí arriba.

Jerome, muy intrigado, le pregunta al director: y... ¿qué le ocurrió al cerdo?

La inesperada pregunta toma por sorpresa al director que, sin poder contenerse más, pierde la compostura y se revuelca de risa imaginando una manera de morir digna de un cómico chiste del mejor humor negro.

Jerome creció y contó lo ocurrido con su padre a variados tipos de persona con idénticos resultados hilarantes, sobre todo cuando manifestaba su intriga por lo ocurrido con el cerdo. Ante tamaña incompreensión, con el tiempo, fue dejando de narrar la muerte de su padre.

Sin embargo, el amor llegó a su vida. No se atrevía a contar a su novia lo ocurrido a su padre, pero como iba llegando el tiempo en que debía decidirse a casarse, se enfrentó con la prueba de la verdad. Armándose de valor relata a su novia como murió su padre.

Ella, horrorizada, lo mira intrigada y después de un breve silencio, que a Jerome le parece una eternidad, le pregunta: y... ¿qué le ocurrió al cerdo?

Jerome saltó de felicidad, ya no había duda, era la mujer de su vida. Estaban hechos el uno para el otro, así que se casaron y fueron felices.

Valga este cuento como metáfora de lo que ha ocurrido con el trabajo emprendido en este número

de la revista. Sustituya el lector al padre del protagonista por el especulador empedernido; Nápoles, su barrio y su balcón, por el Tercer Mundo y sus mercados financieros vulnerables; y al director del colegio por los economistas profesionales.

El cerdo, sin ánimo de insultar, serían los pobres. Que ellos nos perdonen, aunque, dicho sea de paso, los poderosos porqueros del mundo —cerdos, ellos también, del rebaño de Epicuro— los tratan peor que a los cerdos del Norte, cuyas vidas serían objeto de envidia para muchos pobres del Tercer Mundo.

El chico del cuento somos algunos ingenuos que, cuando se producen las crisis financieras, nos atrevemos a preguntar: y... **¿qué le ocurre a los pobres?**

Por supuesto, seguimos preguntando sin obtener más respuesta que la sonora carcajada de los economistas, que con todo lujo de detalles nos explican lo que le ocurrió al dinero, especialmente al dólar, y lo que le ocurrió al especulador desafortunado que no se largó a tiempo del cataclismo financiero. Pero, cuando insistimos en preguntar qué le sucedió a los pobres latinoamericanos o asiáticos, comprobamos que no hay estadísticas del sufrimiento y que ni al especulador ni al economista científico les importan sus vidas y sus tristes destinos.

Nadie nos contesta. Por eso, aquí no encontrará el lector una respuesta, sino las mismas insistentes preguntas. La misma intriga y preocupación: ¿qué le pasó a los pobres?, ¿qué le pasará a los pobres en el futuro, cuando los inevitables juegos alegres de los financieros traigan nuevas consecuencias funestas para ellos?

Nosotros no hemos encontrado una respuesta que nos satisfaga, por eso, al contrario que el muchacho del cuento, no nos casamos con nadie. Si la economía es incapaz de responder a nuestra pregunta, la más vital para una ciencia humanista, tendremos que seguir considerándola una «ciencia lúgubre» o, peor aún, una ciencia tan siniestra y enemiga como los negocios del sistema especulador que asaltan a los pobres con nocturnidad y alevosía.